

## SERMON 3.<sup>o</sup>

### PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

---

**Preparacion y disposiciones que deben acompañar al cristiano al recibir á Jesucristo Sacramentado.**

*Benedictus qui venit in nomine Domini.*

Bendito el que viene en el nombre del Señor.

Math. cap. XXI, v. 9.

Jerusalen vá á recibir dentro de sus muros á su Dios y Señor. Se acercan los momentos en que el deseado de los justos va á consumir la obra de la redencion del mundo, para cuyo efecto habiase revestido de nuestra carne, y se hábia presentado entre nosotros en la forma de siervo, y con este objeto penetra hoy por las puertas de esa ciudad que ha de ser teatro de su martirio. ¿Cómo fué recibido el Nazareno en la capital de la Judea? ¡Ah! las gentes sencillas, las almas humildes que en él creian le salen al encuentro, llevando en sus manos palmas y ramos de oliva, y tendiendo sus ropas por el suelo le aclaman

con el mayor gozo y todos esclaman: «Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor: Hosanna en las alturas.» Mas al tiempo mismo que tales aclamaciones recibe Jesus por parte de aquellas gentes, otros muchos llenos de sobresalto comenzaron á formar proyectos de como habian de darle la muerte, iniquidad que cometieron á los cinco dias.

Este pasaje que hoy nos refiere el Evangelio, me admira y llama mi atencion al verlo repetido cada dia entre los cristianos. Jesucristo se acerca á las puertas de nuestro corazon, quiere entrar dentro de nosotros y tomar posesion de él. Una vez cuando menos quiere que le recibamos comulgando por la Pascua; pero al paso que las personas piadosas procuran recibirle limpiando antes sus conciencias, y le colman de aclamaciones diciendo: *Benedictus qui venit in nomine Domini*, bendito el que viene en el nombre del Señor: los mas, duros de corazon como los grandes y poderosos de Jerusalem, conspiran contra él, no le reconocen y nieganse á recibirle.

No quiero persuadirme que haya un cristiano que no crea que Jesucristo se halla residiendo entre nosotros bajo los velos de la Eucaristía. ¿En que consiste, pues, esa indiferencia, esa pereza que muchos sienten para acercarse á la sagrada mesa donde el Salvador nos ofrece el mas precioso convite, donde se nos ofrece á sí mismo en alimento? Porque falta la fé y no hay verdadera caridad. Una fé viva, eficaz, operativa, destruiria toda la tibieza del corazon: un verdadero amor, una caridad ardiente inflamaria el corazon en el deseo de acudir á tan celestial banquete, no una vez al año, sino con la mayor frecuencia. ¿Creis por ventura, que la solemnidad de la comunión

Pascual, que es una de las mayores solemnidades cristianas, es tan solo una práctica devota de la cual podéis eximirnos sin responsabilidad alguna? Pues estais en un error de lamentables consecuencias. Estais todos obligados á celebrar la Pascua. ¡Con cuánto anhelo deseaba Jesucristo celebrarla con sus discípulos! Por esto esclama: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum*. Con anhelo he deseado comer con vosotros esta Pascua. ¡Cuán grande es el amor de Dios para con sus criaturas! ¡Cuán horrenda es la ingratitud del hombre para con su Dios! ¡Vegüenza es que haya necesidad de recordar á los cristianos el precepto de la comunión Pascual! Nada se nos pide y por el contrario se nos ofrece la mayor riqueza, y sin embargo rehusamos acercarnos á quien tanto nos ama, á quien por medio del misterio de la Eucaristía quiere unírseos á nosotros, para hacernos partícipes de su misma divinidad.

Dirigiendo yo mi voz á un pueblo católico que tiene dadas pruebas de su piedad, no creo necesario tener que exhortaros hoy al cumplimiento Pascual, y en el convencimiento de que ninguno de los que me escuchan dejarán de cumplir con este deber, voy á haceros ver la *preparacion y disposiciones con que debe recibirse la sagrada comunión*. Unica proposicion que vá á ser objeto de vuestras atenciones: para el mejor acierto, imploremos los auxilios de la Divina gracia, por la intercesion de la Santísima Virgen, á la que saludaremos devotamente con las palabras del ángel: *Ave Maria*.

## PARTE ÚNICA.

¡Triste es por cierto la condicion de la humana naturaleza! Llorar y gemir, sufrir y padecer es su destino: sujeta á mil miserias, ora le mortifica el hambre, ora la sed, ya se vé postrado y abatido por el dolor ó la enfermedad, ya afligido á causa de la escasez. El pecado introdujo tantos desastres en el mundo. Pero ¿deberá el hombre maldecir su destino y entregarse á la desesperacion, al contemplarse tan pobre y miserable? ¡Que delirio! Llénese de pusilanimidad el hombre sin fé, que no descubre otra felicidad que la salud y los bienes materiales. El verdadero cristiano, el que cree en Jesucristo y sus palabras, goza en la adversidad, encuentra placer en la pobreza, y lejos de desesperarse por sus trabajos, se resigna y los ofrece á aquel que sufrió por nosotros, incomparablemente mas que cuanto podemos sufrir todas las criaturas juntas. Vosotros las personas delicadas que os acobardais á la menor desgracia, y que nada sabeis sufrir, os admirais de esa resignacion, de esa dulzura que las almas justas encuentran á través de los mayores sinsabores y desgracias y no sabeis esplicaros esto que mirais como un fenómeno. Si sois dificultosos en comprender la causa, es porque no conoceis el don de Dios: porque no atendeis á las finezas de su corazon amantísimo. Considerad qué objeto puede haber que sacie el corazon del hombre, qué bienes podrá poseer que satisfaga sus deseos, que en suma, le constituya en una posicion feliz. No voy á detenerme en hablaros de los bienes de la tierra y solo os preguntaré á vosotros que

sabeis quien es Dios, y conoceis sus atributos y grandeza, en cuanto puede comprenderlo una mísera criatura cuyo entendimiento es limitado: si un hombre fuese honrado con que Dios le dispensase su íntima amistad, y en prueba de ella le hiciese participante de su misma Divinidad, uniéndose á él con tal intimidad como dos trozos de cera derretidos al fuego, los cuales se identifican y convierten en una misma cosa ¿podria darse mayor felicidad? ¿Temerá ese hombre á las calamidades, ó se acobardaría en la afliccion? Ciertamente que no, pues quien posee á Dios nada le falta.

Ahora bien, la pintura que acabamos de presentar, no es una suposicion, es sí una realidad que experimentan muchas almas y que puede experimentar cada uno de vosotros. ¿Deseais tener con vosotros al dador de todo bien? ¿Quereis estar unidos con Jesucristo, que él os inspire, que reine en vuestros corazones? ¿Quereis por este medio hacer suaves las tribulaciones? ¿Quereis poseer la mayor riqueza, el tesoro de mas valía que es Jesucristo? Pues acercaos á la sagrada mesa del altar, donde el mismo Salvador os llama con voces amorosas y os ofrece el mas espléndido banquete: ser dóciles á la voz de la Iglesia, que os manda con la autoridad que ha recibido de su Divino Esposo, el que os acerqueis al convite Pascual. ¿Y qué es, mis hermanos, lo que allí nos ofrece? ¿Con qué manjar quiere alimentarnos? ¡Pasmaos, espíritus celestiales!... ¡Estremeceos, criaturas de la tierra!... ¡Benedicid todos á nuestro Dios, porque es bueno y eterna su misericordia!... ¡Adoremos rostro en tierra á nuestro Señor y Salvador Jesucristo, que no contento con habernos redimido con el precio de

su preciosísima sangre, alimenta nuestras almas con su mismo cuerpo y con su misma sangre!...

Sí, cristianos: tal es el don precioso con que Jesucristo se digna enriquecernos: su mismo cuerpo oculto á nuestra vista bajo las especies Eucarísticas, es el que nos ofrece en el convite sagrado á que nos llama: este pan de vida, es el que satisface las necesidades de nuestras almas. La Eucaristía, es por lo tanto el pan de los fuertes, el pan que comunica al hombre una fortaleza invencible. ¿Quereis saber todos sus efectos? Pues atended á las palabras del mismo Jesucristo. «El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí, y yo en él: *qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego in illo* (1)». Contemplad ahora al hombre que ha tenido la dicha de unirse sacramentalmente con su Dios: á aquel, que por haber comido la carne de Jesucristo y bebido su sangre, está en él, como el mismo Señor asegura, y ved si hay quien le supere en grandeza: todo el brillo y majestad de la tierra es nada: y aun la misma felicidad de los ángeles que ven á Dios, no se iguala á la del hombre que le estrecha entre sus brazos, que le aposenta en su corazon. Lo que en el Empíreo forma las delicias del Eterno Padre, forma nuestro gozo y nuestra alegría en la tierra. No creo exagerar, si afirmo que el hombre que dignamente recibe á Jesucristo en la comunión, es objeto de la santa envidia de los mismos espíritus angélicos. ¡Cuánta dicha! ¡Cuánta felicidad! ¡Qué inesplicable ventura! «El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él.»

(1) Joan. cap. VI, v. 57.

Ya podeis comprender el motivo de la tranquilidad del justo á través de lo sinsabores del mundo. Volved la vista á los primeros siglos del cristianismo. ¡Cuántas persecuciones! ¡Cuántos tormentos! ¿Quién daba ánimo y valor á las apóstoles para hacer resonar su voz ante los grandes de la tierra? ¿Quién les comunicó fortaleza para llevar á efecto sus largos viajes y peregrinaciones con el objeto de cumplir el mandato divino, llevando á todas partes la luz del Evangelio? La sagrada Eucaristía con que se alimentaban. ¿Quién daba elocuencia á sus palabras para que produjesen tan innumerables conversiones? La sagrada Eucaristía, que es la verdadera luz que ilustra el entendimiento. ¿Quién dió tal animosidad no solo á los apóstoles, y robustos varones, sino á multitud de tiernas y delicadas doncellas, que gustosas se entregaban á los martirios en defensa de su Dios y religion? La sagrada Eucaristía, pan que comunica fortaleza. ¿Quién formó la santidad de esos ilustres héroes, que son llamados columnas de la Iglesia sus mas firmes sustentáculos? La sagrada Eucaristía que recibida con buenas disposiciones y con frecuencia, les fué fortaleciendo, y recibiendo cada dia aumentos de gracia, llegaron á tanta altura de santidad.

Por desgracia hay muchos cristianos, que retrayéndose de acercarse á la sagrada mesa, y cerrando sus oídos á las voces con que el Señor los llama, parece que se escandalizan, como aquellos discípulos que le volvieron las espaldas y se retiraron de su presencia, al oír de sus labios la celestial doctrina Eucarística que ellos groseros y carnales no comprendieron (1).

(1) Joan. cap. VI, v. 67.

¡Amorosisimo Redentor de nuestras almas! Mucho nos duele que haya hombres tan ingratos que así desconozcan el precioso don que nos ofreceis; pero nosotros no seguiremos sus huellas, porque como el fiel Pedro, conocemos que teneis palabras de vida eterna, y hemos creído y conocido que sois Cristo el Hijo de Dios (1). Por eso acudiremos á saciarnos de ese manjar de vida eterna, alimentados por el cual, á nada temeremos, porque Vos sereis nuestro compañero, durante nuestra peregrinacion por el destierro del mundo. Sí, mis hermanos: si nos asalta la tentacion, en Jesucristo Sacramentado encontramos las gracias que nos sostendrán y librarán de la funesta caída del pecado: si la enfermedad nos aflige, la Eucaristía sanará nuestras dolencias: si la tribulacion nos cerca, en este sagrado manjar encontraremos consuelo: últimamente si la muerte se acerca para hacernos pagar el tributo impuesto á todo sér viviente, tampoco tendremos que temer, porque el que comiere de este pan vivirá eternamente, segun las mismas palabras del Salvador: *Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum.*

Pero ¡ay, hermanos de mi corazon! Estas ventajas que proporciona la sagrada Eucaristía, ¿creeis que la recibe todo aquel que se acerca á la sagrada mesa? ¿Juzgais que todo el que recibe á Jesucristo sacramentado en su pecho, recibe ese aumento de gracia, esa fortaleza que hemos admirado? De ningun modo, porque no todos los cristianos se presentan al convite del mismo modo; es pan de vida para aquellos que le reciben en su pecho con la alegría y regocijo, con

(1) Ibid. v. 69 y 70.